

FÉMINA



ÁNGELA BARCO

Edición de Laura Rivas Arranz

FÉMINA
ÁNGELA BARCO

Título: Fémina
Autora: Ángela Barco
Portada: A.T.C (Ángeles Torner Cervera)
Edición realizada por: Laura Rivas Arranz 2016
Edición revisada Laura Rivas Arranz 2023
<http://www.laurarivasarranz.com>
<http://historiasdelcuartodeatras.blogspot.com/>
laura.rivarr@gmail.com



Este obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)

ÍNDICE

FÉMINA.....	2
Introducción.....	5
Biografía de Ángela Barco.....	12
FÉMINA.....	20
I.....	21
II.....	23
III.....	27
IV.....	35
V.....	42
VI.....	47
VII.....	52

Introducción

Gabriela, una joven de veinticuatro años, nacida en una familia aparentadora de riquezas y lujos, es educada nada más que para casarse. Cuando alcanza al fin la ansiada meta del matrimonio, se descubre viviendo casi muerta, en una ciudad medio muerta —la Salamanca de principios del XX—, habitando una mansión que bien podría ser la casa de las muertes salmantina.

Gabriela no aguanta más. Cansada de ser una muerta viviente y traza un peculiar plan para escapar, para dinamitar su vida muerta, su ciudad muerta, su casa de las muertes, para morir matando.

Fémina es una historia sobre la vida de aquellas mujeres de antes, educadas en el miedo a la libertad, programadas desde la infancia para vivir bajo la autoridad de aquellos hombres de antes. Mujeres aniñadas, sin más horizonte que organizar un hogar, y sin más opción que someterse a las exigencias más o menos extrañas, más o menos retrógradas, de sus maridos.

Fémina habla también de la oposición universal entre lo antiguo y lo nuevo; la oscura distancia entre los sueños y la realidad; las tranquilidades tramposas de la monotonía; las esclavitudes del qué dirán; la cárcel de las apariencias; las ataduras familiares.

Con todos estos elementos reconcentrándose en una ciudad vieja, oscura, aburrida y pequeña, Ángela Barco va construyendo la historia de la vida irremediabilmente muerta de su protagonista.

Apenas adentrarse en la lectura de *Fémina*, llama la atención la descripción del padre de la protagonista: un hombre *pretencioso, pedante* [...] que se cree *un gran literato* y con una *pequeña manía: hacía maravillosas pajaritas de papel*.

Reunir en el mismo personaje las palabras “literato” y “pajaritas de papel” hace saltar la sospecha de que la alargada sombra de Unamuno se extiende por los renglones. Si además esos renglones son obra de una autora charra, entonces la sospecha es casi certeza...

Las pajaritas de papel de Miguel de Unamuno ya eran famosas en los tiempos en los que Ángela Barco escribe *Fémina*. Unamuno ya había publicado un libro sobre el tema, y las alusiones a su afición eran frecuentes en la prensa, en tonos más y menos amistosos.

Si la fama de las pajaritas de papel se había extendido, la de la soberbia de Unamuno tampoco se había quedado atrás. Rasgo que también comparte el personaje de la novela.

En defensa de Unamuno se puede argumentar que el escritor es de esas pocas personas cuya arrogancia está a la altura de su genio. Y que no es difícil detectar la envidia entre líneas de muchas de las críticas que recibió.

La crítica de *Fémina* va mucho más allá que sacar a la luz el lado oscuro de un hombre brillante. Un lado oscuro ya de sobra conocido en su época.

Ángela Barco critica al literato de las pajaritas de papel para condenar la situación de la mujer que hay tras él. En *Fémina*, detrás de ese hombre pedante con pretensiones de literato hay:

[...] una mujercita menuda y alegre que adoraba a su marido [...] Y que hacía Prodigiosos equilibrios para que en la casa no faltara de nada.

Una mujer a la que se le va pasando la vida entre cuatro paredes, ocupándose de los inevitables problemas de la vida real, mientras el hombre pedante con ansias de literato dedica la suya a brillar.

Lo que condena Ángela Barco en su novela, es esa superioridad de miras de algunos hombres que les impide ver dónde la realidad los necesita. Obligando a la mujer que lo adora a suplir esa miopía sacrificando cualquier brillo que pudiera ella experimentar en aras de los de su marido.

La madre de la protagonista manifiesta en la última parte de la novela:

—Soy yo, yo, la que no ha querido que venga su padre... [...] es demasiado horrible para su corazón de hombre superior...

La autora está planteando la situación de esas mujeres desaparecidas bajo la superioridad de un hombre. Mujeres que se ocupan de todo, para que ese hombre superior siga teniendo el tiempo y los ánimos de brillar. Ángela Barco está cargando contra esos hombres que se las dan de espíritus superiores, pero cuya grandeza espiritual no tiene el menor inconveniente en considerar a la mujer que aman como inferior a ellos y en consecuencia a su servicio.

El malagueño José Moreno Villa, en su libro: *Los autores como actores y los intereses literarios de acá y de allá*, en el capítulo “Las mujeres de mis contemporáneos”, se preguntaba en los años cincuenta del siglo XX:

¿Cómo era la mujer de Unamuno? Nadie la conoció en sociedad. Nunca la vi con él. Y cuando visité a don Miguel en su casa de Salamanca, me abrió ella la puerta, pero no me fue presentada por el maestro.

Una situación que, por generalizada que estuviera en aquella época, no deja de escandalizar e indignar en la actualidad.

La autora de *Fémina* utiliza las famosas pajaritas de papel y la no menos famosa soberbia unamuniana, para lanzarse contra ese “corazón de hombre superior”.

¿Cuántas grandes mujeres habrán desaparecido tras un “corazón de hombre superior”?

Por mucho que aquellas mujeres lo aceptaran voluntariamente —la educación recibida desde niñas las condenaba a esa aceptación voluntaria— y por muy talentoso que fuera el hombre, ¿es justo? Ángela Barco cree que no.

De todo esto habla *Fémina*. Su protagonista se harta, se aburre hasta el infinito de una sociedad que la anula, que la ha educado para convertirla en inferior, que la instrumentaliza. Se niega a aceptar con gusto la obligación de dejar de ser para que otro sea. Reniega de esa vida muerta que quieren imponerle.

La ciudad de provincias de la novela se constituye en símbolo de esa muerte, de parálisis, de asfixia. De belleza monumental que aparenta una grandeza falsa. De patrimonio histórico de relumbrón que encubre la miseria humana.

Aunque la autora charra no cite a la ciudad por su nombre, entre líneas asoma sus torres —y su Tormes —la ciudad de Salamanca:

[...]la ciudad pequeña, silenciosa, sin otro rumor que el suave y alegre del poético río que parece arrullarla ciñéndola cual cintillo de plata.

Fémina se publica en 1910, ese año, bajo las arrulladoras aguas del Tormes que ciñe a la ciudad se está construyendo un puente nuevo —el de Enrique Esteban—. Hasta entonces, Salamanca tenía sólo el puente Romano, y el asunto es polémico. Ángela Barco permite que el conflicto local aflore en su narración, para ilustrar el combate desesperado entre lo antiguo y lo nuevo, lo joven y lo viejo, la vida y la muerte:

[...] no quiero en esta ciudad, que yo llamo mía, ni ruido de martillazos, ni estallido de barrenos, ni calles nuevas, [...] no quiero más puente sobre el río que los poetas cantaron místicamente con arrebatos panteístas, que el puente romano, soberbio, majestuoso, el cual, visto por los lados, puede comparársele a una de esas joyas macizas y monumentales de tiempos de los Faraones, engarzada con amatistas y ópalos. Tan azulada y transparente pasa el agua por sus arcos, esbeltos e iguales, como trabajados por un solo artífice, grande y

poderoso, descendiente de una raza de cíclopes. No, no quiero que nada nuevo cambie y desoriente mi vida.

La Salamanca literaria de la narración recibe calificativos como: “insignificante ciudad de provincia”, “pequeña y triste como un cementerio”, “obscura y polvorienta como un museo”, “pequeña y chismosa”, “donde todo parecía muerto”, “amurallada como una cárcel por los históricos edificios que la aprisionaban en una cadena de granito musgoso y agrietado”. “borrosa ciudad silenciosa y triste”.

Al margen de la metáfora y los fines que estas descripciones persiguen en la narración, los salmantinos que pasemos por el texto de Ángela Barco deberíamos preguntarnos hasta qué punto nuestra ciudad, la Salamanca dorada de los folletos, no sigue peligrosamente cerca de la borrosa Salamanca que la autora describe en la novela... Será por la falta de tejido empresarial, será por nuestros políticos, será por una universidad con la capa bastante caída, será por las crisis económicas, seremos los charros, qué será, será... Da algo de pena no poder afirmar en mayúsculas que Salamanca no tiene ya nada que ver con una “insignificante ciudad de provincias”, sobreviviendo de las rentas de un pasado histórico artístico lejano, cada vez más lejano...

La lujosa mansión histórica donde Ángela Barco sitúa la vivienda de Gabriela está en el centro de la ciudad:

la casa señorial de recuerdos históricos, que embellecen las leyendas, aprisionada en el centro de la ciudad

[...]la casa señorial, en la cual, según la leyenda, se desarrollaron escenas trágicas.

Es difícil resistir la tentación de situar la vida muerta de Gabriela en la Casa de las muertes salmantina. Las escenas trágicas a las que alude la escritora muy bien pudieran ser las que se cuentan de la Casa de las muertes.

Se haya inspirado o no la autora charra en la Casa de las Muertes, lo cierto es que la mansión que habita Gabriela es una casa muerta, que sólo parece revivir al precipitarse el desenlace de la novela:

La casa, como un cuerpo inerte que de pronto adquiriese vida, se llenaba de ruidos, se animaba, resucitando, al fin, de su letargo de inmensa y milenaria tortuga.

Cuando Ángela Barco termina de escribir *Fémina* decide enviarla a un concurso de novelas que organiza la revista *El Cuento Semanal*.

De la importancia que tuvo *El Cuento Semanal* en nuestra historia de la literatura hablan varios estudios. La revista comienza su andadura en 1907. Se le atribuye el mérito de revitalizar el género de la novela corta en el siglo XX. *El Cuento Semanal* devolvió a la novela corta una popularidad similar a la que había vivido en el siglo XVII, cuando la cultivó Cervantes. La revista tiene el mérito además de haber descubierto a muchos nuevos escritores.

El éxito de *El Cuento Semanal* es tal, que enseguida empiezan a surgir otras revistas imitadoras.

En los estudios sobre *El Cuento Semanal*, para referirse a los autores que publicaban en ésta y en las otras revistas que surgieron tras su estela, se llega a hablar de los escritores de la generación de *El Cuento Semanal*.

Para que nos hagamos una idea de lo que suponía publicar en *El Cuento Semanal* hay que citar al escritor Alberto Insúa —cuya primera novela corta también publicó *El Cuento Semanal*—:

*Aparecer en El Cuento Semanal era para los escritores noveles
poner una pica en Flandes y recibir, durante seis días, el soplo de la
Fama*

El jurado del concurso en el que Ángela Barco participa con *Fémina* lo componen nada más y nada menos que Pío Baroja, Valle-Inclán y Felipe Trigo. Aunque Ángela Barco no gana, el eminente jurado recomienda la publicación de *Fémina*. El 8 de abril de 1910, *El Cuento Semanal* publica *Fémina*. Ángela Barco ha puesto una pica en Flandes y recibe el soplo de la fama. La novela es un éxito. La crítica destaca los méritos de la obra. *Fémina* se agota y se hacen varias reediciones.

Afirman los estudiosos de la revista que *El Cuento Semanal* se fundó comprometida con el progresismo, la modernidad, la regeneración, cierta ideología anticlerical y la lucha por los derechos de la mujer. *Fémina* encuentra en la revista un marco de lo más idóneo.

Los estudios del fenómeno “*El Cuento Semanal*” no se ocupan de Ángela Barco. Pero lo cierto es que la autora charra formó parte de aquella generación de narradores.

Del olvido casi general que sufrieron estos escritores tras la guerra civil tuvo la culpa la dictadura franquista, a la que no gustaban en absoluto los aires libertarios que se respiraban en todas estas narraciones. La generación de escritores de *El Cuento Semanal* fue silenciada.

Al olvido que se impuso a aquellos escritores, hay que añadir el que la historia literaria acostumbra a dedicar a las escritoras con más frecuencia que a los escritores.

Para combatir el olvido, para que la personal voz de Ángela Barco no se pierda en un silencio injusto surgen estas líneas y la presente edición de su novela corta *Fémina*. Una narración comprometida, cuidada, dinámica, con un final desconcertante, que debe ocupar su espacio en la historia de la literatura.

Gabriela, la protagonista de *Fémina*, podría muy bien ser la abuela de Natalia — *Entre Visillos* de Carmen Martín Gaité— de Andrea —*Nada* de Carmen Laforet—, De Valba —*Los Abel* de Ana María Matute—, de Elena —*Aguas muertas* de María Dolores Boixadós—, de las *Cinco Sombras* de Eulalia Galvarriato, de Celia —la serie de libros de Elena Fortún—... Chicas que no se adaptan a lo que se exige de ellas, que no se resignan y se rebelan del modo que pueden. Chicas raras —como las bautizó Gaité— contra las que nada pudo hacer la dictadura franquista, por mucho que intentó silenciarlas.

Laura Rivas Arranz

BIBLIOGRAFÍA

Los autores como actores y los intereses literarios de acá y de allá (Los autores como actores de la vida: "I. Las mujeres de mis contemporáneos". José Moreno Villa 1951. Fondo de Cultura Económica. 1976

Diario Íntimo. Miguel de Unamuno. Alianza Editorial. 2006

Libertad : periódico semanal Año II Número 93 - 1914 diciembre 12

La Correspondencia de España : diario universal de noticias: Año LXI Número 18968 - 1910 enero 17

El Cuento Semanal proyecto y proyección. Manuel Martínez Arnaldos. Universidad de Murcia. 2007

El Cuento Semanal en la continuidad literaria y periodística de su tiempo. Cecilio Alonso. C.A. UNED "Tomás y Valiente" Alzira. Valencia

El Cuento Semanal: alternativa y alteridad de una revista. Belén Pereda. Universidad Autónoma de Barcelona. 2012

La novela corta española: promoción de El Cuento Semanal (1901-1920) Estudio preliminar, selección y notas de Federico Carlos Sainz de Robles, Madrid. 1952

Biografía de Ángela Barco

Angela Barco tuvo una carrera literaria extrañamente corta. Su vida está envuelta en misterio. Sabemos poco de ella y lo que sabemos procede de dos únicas fuentes. La prensa de su época, donde publicaba todos sus trabajos y en donde aparecen reseñas y notas de sociedad que nos hablan de ella, y las cartas que Ángela enviaba a Miguel de Unamuno, con el que mantuvo una relación epistolar de muchos años.

Ángela debió de nacer en torno a 1875-1876. Su primer artículo aparece publicado en la página literaria de *El Adelanto* en 1901. Como las demás escritoras del período opta por firmar con seudónimo masculino: Pedro del Valle. En el cuento titulado *Mujer*, Ángela Barco cuenta la historia de una estudiante de medicina que se siente profundamente incómoda dentro del disfraz de hombre con el que acude a sus clases. También la autora debió de sentirse incómoda haciéndose pasar por un tal Pedro del Valle porque en 1904 sale del armario, se deshace de su disfraz de hombre, y ya siempre firmará sus escritos con su nombre.

El tumulto que generó la publicación de *El Hijo*

La obra de Ángela Barco es tan combativa, tan valiente y tan poco dada a los eufemismos que muy a menudo la escritora se convierte en centro de polémicas. En 1910, *El Norte de Castilla* publica un artículo suyo *El Hijo* en el que reclama el derecho de las mujeres a acceder a los estudios superiores y a la universidad, a tener preparación para defenderse en la vida por sí mismas. Acusa a la sociedad y a las familias de centrar todos sus esfuerzos económicos en la educación de los hijos varones relegando a las mujeres a un espacio tan reducido que no hay para ella más horizonte que el matrimonio o el abismo. Cuentan los periódicos que cientos de estudiantes se manifiestan muy ofendidos a las puertas del domicilio de Ángela, que en aquel momento vivía en Valladolid. La escritora lejos de acobardarse invita a subir a su casa a una representación de tan enfadados muchachos. Le exigen una rectificación de su artículo. Ángela amablemente se niega y las protestas continúan hasta que la policía se ve obligada a intervenir y disolver al furioso estudiantado vallisoletano. El incidente aparece recogido en la prensa nacional.

Aquel escándalo afecta a Ángela hasta el extremo de decidir mudarse a Madrid, quizá pensando que en la capital encontraría espíritus más abiertos. Lo que Ángela no sabía todavía es que 1910 era su año. Se publica su novela corta *Fémina* que es un rotundo éxito. El nombre de Ángela Barco vuelve a resonar en toda la prensa nacional. En 1911, el Ministerio de la Instrucción Pública concede una beca a la escritora para estudiar en Francia la cuestión feminista: la situación de la mujer francesa. La carrera de Ángela empieza a despegar. Desde París sigue enviando artículos a los periódicos españoles. Pero en 1912 Ángela desaparece. Deja de publicar artículos y el nombre de la escritora no vuelve a localizarse en los periódicos.

La relación epistolar con Miguel de Unamuno

En 1918 Ángela envía una carta a su amigo Miguel de Unamuno. Le pide una recomendación. Busca trabajo de traductora de francés en alguna editorial. Por las confidencias que hace a Unamuno sabemos que entre 1912 y 1918 Ángela Barco se ha casado, ha tenido un hijo, se ha quedado viuda y necesita con urgencia trabajar. En esa carta aún manifiesta esperanzas de que sus escritos alcancen algún día valoración. Pero poco a poco, según van transcurriendo los años, Ángela va dejando de mencionar sus sueños literarios en las cartas a don Miguel.

La última carta que Ángela envió a Unamuno tiene fecha de 1935. Está cuidando de su hermano enfermo —y viudo— y de sus tres sobrinos, muy pequeños aún y que están a cargo de la escritora.

Después de esa carta no hay nada más. Nos despedimos de Ángela en un periodo oscuro de su vida, agobiada por el peso de las responsabilidades y sabiendo que en unos meses estallará la guerra civil y que nada va a mejorar.

El Feminismo

¿Fueron las responsabilidades familiares las que ahogaron la carrera literaria de la escritora? Seguramente sí. La valoración que Ángela soñaba para sus textos no terminó de llegar nunca. La escritora logró cierto éxito, pero no el que habría necesitado para tener la oportunidad de vivir de escribir y afrontar con la pluma en la mano las responsabilidades y dramas que se le vinieron encima.

Uno de los factores que incidió en que su obra no logrará el respaldo suficiente fue el feminismo militante de Ángela Barco. Sobre este asunto nos da la pista una reseña sobre la autora aparecida en el periódico El Lábaro después de la publicación de *Fémína*:

«Mas los días pasan, y Ángela Barco sigue oscurecida. ¿Lo merece? Digo y repito que no. Es una escritora que estará mal orientada acaso (puede orientarse mejor, y eso basta), pero que posee condiciones sobresalientes para brillar en las letras españolas.

Pero Ángelita olvidó al ir a Madrid que allí la esperaban los hombrones de la literatura, que verían en ella una enemiga capaz de disputarles las pesetas de sus mezquinas producciones.

Y ante el hambre, no hay cuartel, y menos galantería, ni respetos a la mujer. No hay más que guerra sorda, cruel, inacabable.

A la mismísima Pardo Bazán, si la pudieran destrozar los mismos que la elogian, la destrozarían, con placer refinado.

Por eso no es extraño lo que sucede con esta escritora, que tiene una saliente personalidad literaria, digna de que las gentes le rindan el homenaje debido.»

Además de señalar la competitiva guerra abierta entre escritores —que respecto a las literatas aquellos prestigiosos hombres que escribían la ganaban muy fácilmente ignorándolas—, llama la atención lo mucho que destaca el periodista lo mal orientada que está Ángela Barco.. Lo que se lee entre las líneas del redactor es un consejo a Ángela: cambia de tema; el feminismo no es interesante.

Ángela no cambió de tema. Casi todos sus artículos, sus estudios, sus narraciones hablan la lucha de la mujer para conquistar un espacio que se le suponía sólo al hombre. En sus textos Ángela Barco se ocupó siempre de las injusticias, de la situación que vivían los más desfavorecidos, los obreros, las gentes del campo. Pero sobre todo se ocupó de la dramática situación que vivían las mujeres de aquel periodo y luchó para cambiarla. Por ello, desde el principio, Ángela se ganó el calificativo de *Feminista* con todas las connotaciones negativas que en aquella época —y todavía a veces en la actualidad— implica.

Ese feminismo, ese calificativo que entonces la perjudicó tanto hoy nos ayuda a destacarla y rescatarla del olvido.

Valoración de la obra de Ángela Barco

Ángela Barco merece un lugar en la historia. Pero no sólo por ser una de las pioneras del feminismo en España. También porque su literatura, sus artículos, sus crónicas, sus estudios sociales, sus cuentos, su novela breve regalan a este siglo XXI belleza, emociones, sueños y fortaleza. En sus textos resuenan el bullicioso colorido de las calles parisinas de principios del siglo XX, el frufú de los vestidos en los paseos de la España de provincias, las campanadas severas nublando los cielos de ciudades chismosas y pequeñas, los pasitos menudos de un mendigo déspota de seis años que en vez de pedir limosna exige pan al que lo tiene porque en su casa no lo hay.

La obra de Ángela Barco nos comprende. Su mundo y el nuestro se parecen en una luna de primavera entre chopos ribereños sacando a la luz que los sueños no se hacen realidad, en el llanto de un enfermo desafinando en medio de un insensible coro de pájaros y riachuelos a pleno sol. El mundo de Ángela Barco se parece al nuestro en la exclamación que lanza el personaje central del cuento “Mujer” — ¡Es extraño! — a la que nos unimos desde nuestra propia incompreensión del mundo que, más de cien años después, sigue siendo igual de extraño.

Obra literaria de Ángela Barco

Como la mayoría de escritoras de su generación, su obra está dispersa en periódicos y revistas. Por ello el listado que aparece a continuación es sólo indicativo y, con algo de suerte, muy susceptible de ampliación.

El cumpleaños (Oct 1901)

Despedido (nov 1901)

Amorosa (junio 1902)

¿Loca? cuento de año nuevo (nov de 1902)

impresiones de París (Crónica) (marzo ,1904)

Un caso... (marzo 1904)

La morgue (Crónica) (marzo 1904)

Crónica (abril de 1905)

Mujer (mayo de 1905)

El sueño de Blasillo (nov 1908)

Del feminismo (mayo de 1909)

Los de Ballesteros (paisajes sociales) (mayo de 1910)

El hijo (junio 1909)

Joselín (nov 1911)

Fémina (novela 1910)

Prólogo en el libro *Poemas líricos* de Manuel Camacho Beneytez

Textos no localizados

El Ruralismo femenino. (Estudio sobre la mujer campesina)

Lección de vida (estudio sociológico)

Estudio sobre la mujer francesa

Diversas traducciones al francés de novelas españolas

Tierras, tierras y más tierras (artículo con el que ganó un accésit en los textos florales de Valladolid de 1908)

Textos de Ángela Barco para leer on line

El hijo. Su artículo más polémico, [Lectura disponible en Historias del cuarto de atrás](#)

Mujer. Cuento. [Lectura disponible en Historias del cuarto de atrás](#).

La presente edición de *Fémina* se ha hecho sobre la primera edición de la novela, publicada el 8 de abril de 1910 en la revista *El Cuento Semanal*.

Se han eliminado del original los acentos en la preposición “a” y en las conjunciones “o”, “e” propios de la escritura decimonónica. Se han respetado las cursivas que aparecen en el texto original.

FÉMINA
ÁNGELA BARCO

I

Se estremeció y volvió la cabeza con el ansia contenida de quien aguarda impaciente lo que ha de venir y no se conoce...

En el hueco de la puerta apareció, arrogante y pulcro, el marido, don Sebastián Lopez-Sierra, abrochándose el gabán, amplio y rico, con movimientos reposados.

—Creí que habrías salido. ¿Estas enferma...?

—No...

Él, pausado, sonriente, se acercó a la esposa y, mirándola con placer, sacó de un bolsillo, lentamente, los guantes negros de cabritilla. Ella, pálida y distraída, entornó los ojos y se miró las manos, como sorprendida de verlas tan blancas...

—¿Quieres algo, Gabrielilla? Me voy al casino, a echar mi partida de tresillo. Si gano, ya sabes, cuenta con un paquetito de caramelos. Si pierdo... si pierdo me alegraré, por aquello del refrán "desgraciado en el juego..." Así me haré la ilusión de que tú estas tan enamorada de mí como yo lo estoy de ti...

Hablaba, mientras se ponía los guantes, con voz cariñosa de inflexiones tranquilas y graves.

—Adiós, hija mía. Si algo necesitas, abajo, en el escritorio, está Rafael.

Se inclinó para mirarla más de cerca; la besó en la frente.

—¿Estás enfadada conmigo, mimosa?... ¿No me quieres? ¡Anda, dime una palabra siquiera!...

Gabriela cerró los ojos por completo, y con sonrisa displicente y cansada se disculpó en voz baja.

—Me duele la cabeza... No tengo nada que decirte...

—Entonces, si estás mal, me quedo. Bien sabes que para mí no hay nada en el mundo que valere tanto como mi mujercita. Juguemos una partida de damas o charlaremos de lo que tú quieras...

Se quitó un guante. Pero Gabriela abrió los ojos asustada y, precipitadamente, le contuvo con la voz y con el gesto.

—No, no... Te aseguro que no tengo nada de particular. Puedes ir a jugar tu partida de tresillo de todas las tardes. ¡Es la única distracción que tienes! Además, cuando me duele la cabeza, estoy mejor sola.

Don Sebastián, alarmado por un momento al verla mas pálida que de costumbre, movió la cabeza; ya risueño otra vez, completamente tranquilo, la pegó suavemente con el guante en la mejilla.

¡Ah, tontuela! Bueno, pues voy. Si, es verdad, no estaría a gusto sin salir de casa todos los días. ¿Y a que no sabes tú por qué?... ¿No...? Pues muy sencillo. Por el placer de saborear mi alegría de volver a ver todo esto que abandono unas horas. Mi casa, tú... los chicos... Dicen que mi manía es cursi... Para los tontos que siguen en todo la moda, sin pararse a pensar si lo que se lleva es bueno o malo, agradable o desagradable... ¡Allá ellos! Adiós, hasta luego.

—Hasta luego —contestó la mujer con una voz tan lejana, que resonó en el salón, altísimo de techo, con la sonoridad de un eco.

Y quedó sola otra vez con su martirio iluminado de sueños trágicos, de pálidas quimeras, tenues y fugaces como todo lo increado.

¡Oh! y cuánto la agradaba quedarse así, sola, en el salón grande y lujoso, tendida como una muerta en la chaise-longue, tejiendo y destejiendo su triste pasado, su fastuoso presente, sin que el ignoto porvenir se dejase entrever por ningún resquicio. Jamás podría ella contar, estaba segura, más que esos dos tiempos: pasado y presente; porque éste, ¡no!, no había de cambiar en nada, para exasperarla con su monotonía invariable.

La ocurría lo que a esos enamorados de las alturas que, después de haber llegado a la cima de la más alta montaña, ven con espanto cuan imposible es el descenso, y allí quedan por siempre, por siempre... con la visión humilde del valle ante sus ojos, agrandados por la nostalgia de la llanura...

II

...Y, sobre todo, que no me agradan cambios en mi ciudad. ¿Para qué hacer de ella una población moderna? Desengañense, amigos míos, que con todo eso que el Concejo trata de realizar, para lo cual solicita de mi caja un empréstito, no conseguiría otra cosa que hacer perder a esta ciudad nuestra, pequeña y triste como un cementerio, el encanto que hoy tiene. Yo niego rotundamente mi cooperación, porque no quiero en esta ciudad, que yo llamo mía, ni ruido de martillazos, ni estallido de barrenos, ni calles nuevas, donde el rojo grosero de los ladrillos rompa la augusta uniformidad de los edificios milenarios, a los que la herrumbre y el moho hacen venerables. No quiero tranvías; no quiero más puente sobre el río que los poetas cantaron místicamente con arrebatos panteístas, que el puente romano, soberbio, majestuoso, el cual, visto por los lados, puede comparársele a una de esas joyas macizas y monumentales de tiempos de los faraones, engarzada con amatistas y ópalos. Tan azulada y transparente pasa el agua por sus arcos, esbeltos e iguales, como trabajados por un solo artífice, grande y poderoso, descendiente de una raza de cíclopes... No, no quiero que nada nuevo cambie y desoriente mi vida. Quiero recrear mis ojos con lo ya visto, con lo que ha de volver a verse, con lo único que mis ojos guardarán en su retina, para seguir viéndolo a través de la tierra morena y esponjosa que cubrirá mi cuerpo al lado de mis padres...

Esto decía don Sebastián Lopez-Sierra, con la serenidad firme de un espartano, a la comisión de ediles que casi llenaba el despacho del banquero en demanda de su ayuda para modernizar la ciudad histórica, a la que brutales y amorosas leyendas daban fama, poetizándola.

Uno de los ediles, joven, bajito y con protuberancias un poco femeninas, se atrevió a decir, con la voz atiplada de un colegial:

—Pero fíjese usted, mi querido señor, que las que hoy son grandes urbes, fueron antes ciudades pequeñas, con más o menos historia entre sus muros de granito, y, sin embargo...

—Bien, bien —le interrumpió el banquero, afectuoso y cortés—, si no hago otra cosa con esto que presentarles mi opinión. Por lo demás, claro que la ciudad representada en ustedes, hará lo que crea más conveniente para mejorar la vida de sus moradores.

—Sí —arguyó otro edil mal vestido y peor encarado—, eso está muy bien dicho; pero si se nos rehúsa la ayuda del capital, si los ricos no ofrecen para mejorar la población parte del capital que guardan con avaricia, no se podrán realizar jamás nuestras iniciativas. No se levantaron catedrales con la sola voluntad de unos cuantos hombres de buen gusto, ricos de inventiva, pero pobres de bolsillo.

Grave, altanero, miró el banquero al insolente ingenuo, y con la tranquilidad habitual en él, le contestó, correcto:

—Desgraciadamente, es mucha verdad cuanto acabáis de decir con una franqueza que me sorprende, muy pocas o ninguna vez la encontré. A los ricos no se acostumbra a contradecirles cara a cara en sus juicios. Pero si usted ha sido franco para hablarme, yo, acaso por única vez en mi vida, voy a ser brutal con un hombre. En efecto, amigo mío, es muy difícil que con solo una buena voluntad, no siendo divina, se cambie el aspecto de una ciudad. Para eso hacemos falta los ricos, o más bien, nuestros capitales. Y yo, en este momento, siento una alegría feroz por ser rico y poder rehusar mi ayuda para un proyecto que no me agrada. Sé que ello podrá ser la causa de que no triunfen ustedes. Pues si los demás capitalistas de la ciudad no ven mi nombre a lo cabeza del empréstito, es seguro que guardarán su dinero creyendo hacer un mal negocio. Y bien; este daño que yo puedo causarles a los que tan solo tienen una buena voluntad... y buen gusto, me proporciona un placer inmenso, porque de ese modo nada cambiará de lo que me es grato, de lo que forma parte de mi vida, de la ciudad pequeña y triste donde todo me es conocido: desde el silencio armonioso, casi palpable, que convida al trabajo y a la meditación, hasta la voz del vendedor ambulante, sonora, fraternal, que invariablemente pasa a la misma hora por debajo de nuestros balcones, sugiriendo siempre un recuerdo alegre de felicidad o el recuerdo triste que arranca lágrimas silenciosas por un aniversario imborrable.

—Oh, querido señor... —interrumpió alguno en tono de protesta respetuosa.

—¿Que soy egoísta, puesto que quiero disponer de la ciudad como de mi propia casa?... Ya lo sé. Y por ello les pido mil perdones, asegurándoles, sin embargo, que así como evito ruidos desagradables en mi casa, no consintiendo el cambio de un mueble que acaricié con la mirada al verle toda mi vida en el mismo sitio, de la misma manera trataré de evitar que mi ciudad sea más grande, tenga una casa más...

—Pero usted, don Sebastián, es un retrógrado incapaz de comprender las bellezas del arte moderno. ¿Cómo se las arregla, entonces, cuando va a Madrid, a París, a Londres, para no ver más que lo viejo?... —dijo el joven edil de las

protuberancias casi femeninas, con la voz estridente y enfática de un colegial.

Bondadoso, sonrió el banquero ante tal pregunta.

—Pues no yendo amigo mío. No saliendo de mi ciudad oscura y polvorienta como un museo. Yo no viajo.

Un señor, con el cabello ya blanco, modestamente guardaba silencio sentado en un rincón del despacho, se levantó y habló, al fin, con la simpática afabilidad de un viejo indulgente, persuasivo.

—Yo no quiero —comenzó en tono pausado— ni trato de violentar la voluntad de un tan cumplido caballero; pero sí he de decirle, amigo Sebastián, que ese culto suyo, exaltado, por todo lo familiar, borroso a fuerza de años o de siglos, me parece de un sentimentalismo egoísta, poco humano. Usted, querido amigo, no ve en nuestro proyecto sino derrumbamiento de cosas que para usted son ídolos; un cambio radical en la población por nuevas vías, por edificios modernos; pero no ve que todo eso representa, seguramente, belleza y bienestar. Sería, no lo dude, de un efecto maravilloso contemplar la ciudad engrandecida, ensanchada, con verdaderos monumentos de arte moderno al lado de soberbias obras bizantinas, de preciosidades platerescas, de monumentales delicadezas del arte gótico más puro. Y luego, no hay que perder de vista el número de obreros que podrían emplearse, dándoles, al mismo tiempo que trabajo para ocupar sus manos, que suelen levantarse en un gesto de amenaza..., la seguridad del pan de cada día, de que miles de ellos carecen. Además, la población aumentaría en alegría, y las comodidades de la ciudad, arreglada bajo el patrón y semejanza de las mejores, atraería viajeros... ¡Ah, y qué riqueza no representaría la vida activa de una ciudad que despierta, al fin, de un letargo que duró demasiados siglos! Contemple, amigo mío, con buena voluntad, la risueña y nueva civilización que tiene por lema: movimiento, actividad, trabajo. Verá como...

—Inútil, inútil cuanto usted diga, porque no ha de convencerme—y don Sebastián se levantó, como si todas aquellas discusiones le molestasen.

—Esa testarudez, y usted perdone la palabra, acaso poco conveniente, no significa otra cosa que su declaración de enemigo del pueblo...

Fue el edil de aspecto pobretón el que dijo esto con el calor que sus ideas o ideales y la contrariedad tenaz de su proyecto producía en él, al oír la firme resolución, expresada con tranquilo egoísmo, del banquero.

Éste miró al ingenuo con altivez; pero al fijarse que andaba mucho mejor de franqueza que de indumentaria, sonrió con bondad y le tendió la mano.

—Tal vez tiene razón, mi buen amigo; soy un testarudo egoísta. Pero no olvide

que si rehúso mi ayuda al Ayuntamiento para su proyecto de urbanización, estoy siempre dispuesto a prestar toda clase de favor a mis amigos. Gran placer tendría en contarle a usted entre los mejores y más queridos.

—Gracias —contestó el ingenuo a quien se dirigían los ofrecimientos, con una arrogancia digna de Diógenes el pobre, y estrechó con frialdad la mano afable que le tendían...

Y silenciosamente, con la visible contrariedad que produce siempre una repulsa inesperada, salió la comisión de ediles, después de un ceremonioso saludo.

Volvió a sentarse el banquero y quedó, por un momento, en una apacible meditación. Luego movió la cabeza, como si también a su pensamiento le rehusase alguna innovación, y paseó satisfecho sus ojos por todo el despacho, posando unos segundos en cada rincón, en cada adorno, la suave caricia de sus pupilas claras.

III

Comenzaba el otoño, y el sol al despedirse dejaba, con la suavidad impalpable de un aroma, envueltas las cosas en dulces livideces que se doraban, de pronto, al recibir los últimos reflejos de un amable crepúsculo. Gabriela, abiertos de par en par sus ojos negros, vio con placer cubrirse de oro, en fugaz llamarada, los muebles oscuros y elegantes, todo el salón, en fin, donde ella parecía una estatua por su inmovilidad y por la blancura de su bata riquísima, que caía en pliegues rectos y armoniosos a los dos lados de la chaise-longue, favorita para sus ensueños trágicos, para las pálidas quimeras, tenues y fugaces, como todo lo increado..., que se desarrollaban implacables, como un castigo, con el acicate de sus pasiones contenidas fuertemente en la casa lujosa y severa, en la que se adoraba la monotonía como a un ídolo, donde la liturgia del silencio se practicaba con devoción...

Poco después todo fue quedando en sombras, borroso, en esa triste penumbra de los cálidos anocheceres de los comienzos del otoño, y Gabriela; inmóvil, por milésima vez volvió a tejer y destejer, con la vaguedad de un sueño, los dos tiempos que llenaban su vida: el pasado, tenebroso y amargo; el presente, fastuoso y vacío...

Se vio en la casa con apariencias de lujo, en la que muchos días faltaba el pan...; vio las habitaciones donde ella paseó sus esperanzas unas veces, sus desilusiones otras, frías y miserables, desnudas de muebles, sin otro adorno que sendos cortinones para fingir un bienestar lujoso a las pobres gentes que miraban los planchados y rígidos visillos envidiosas...

Su padre, pretencioso, pedante, convertía, para vivir aparentando bienestar, los ocho mil reales de su empleo en las oficinas del Municipio en una *renta* de ocho mil duros...

Y no faltaba ni al café ni al Casino; se teñía el pelo y la barba, recitaba versos con la voz monótona y rítmica de los niños que cuentan un endecasílabo, creyéndose un gran literato, porque de cuando en cuando *insertaba* un artículo, retórico y sentimental, en el solo periódico que se publicaba en la población, pequeña y

silenciosa. Luego, también hacia valer, sobre todo en su casa, sus habilidades artísticas, que causaban tanto asombro entre sus compañeros de oficina. Tocaba poco el piano; pintaba delicadamente flores y pájaros... Y por si todo esto no era bastante, también tenía *su pequeña manía*: hacía maravillosas pajaritas de papel, a todas horas, con el primer papel que encontrase a mano. Una genialidad, que le hacía repetir muchas veces con énfasis:

—Os aseguro, amigos míos, que no me doy cuenta de ello. Son distracciones, rarezas que todos hemos tenido... Víctor Hugo comía las naranjas sin mondar. Rossini andaba siempre por su casa con un gorro de cocinero, de papel, que él mismo se hacía. Wagner no encontraba jamás sus lentes...

En este ambiente, pobre y ridículo, fue donde ella creció, sin saber otra cosa más sino que era bellísima, que infinitas veces no podía salir a la calle por falta de botas, aun cuando tenía para asomarse al balcón un lindo peinador blanco con puntillas y lazos...; que algunos días hubiera faltado qué comer sin los prodigiosos equilibrios de su madre, una mujercita menuda y alegre, que adoraba a su marido; que su padre, según decían en casa, valía mucho y le tenían envidia..., que ella era digna de ser reina...

Nunca supo hacer nada; siempre vivió mecida por una ociosidad de princesa, sin otra distracción que las novelas echadas en su falda por su padre, después de haberlas él «saboreado». No eran insípidas novelas ni de malos y desconocidos autores; pero en ella producían fiebres de ambición, despertando en su alma soñadora, vehemente, brutales deseos de vivir, de verlo todo, de tocarlo todo, de gozar lujos y fastuosidades irrealizables. Por un contraste demasiado frecuente, su ociosidad, su inmovilidad, la impulsaban a moverse, viajar, emprender una carrera interminable, vertiginosa, a través del mundo.

A los veinticuatro años nada había cambiado para ella; todo aparecía tenebroso ante sus ojos magníficos, que vertían lágrimas de despecho al pensar que se hablaba de su belleza en la ciudad pequeña y chismosa, pero que ninguno de aquellos muchachos atildados, formalitos, por un miedo horrible al «qué dirán», y que tal vez en sueños la adorasen, se atrevería ser para ella el esperado... otro gentil Caballero del Cisne que la llevase en su barca... aun exponiéndose a la rechifla de los tontos ahítos de sentido común. Involuntaria, una sonrisa entreabrió sus labios al recordar la cara de sus padres cuando se presentó en la casita humilde, en que todo era falso, hasta las risas, el señorón de la ciudad, don Sebastián Lopez-Sierra, pidiendo su mano.

Todos, incluso ella, creyeron en una broma o en un sueño... ¡Cómo! ¿El banquero ya no joven, opulento, formal, grave en sus negocios y afectuoso con todos, iba a buscarla, la amaba? Una locura de alegría estalló al convencerse de la realidad. Su padre, a pesar de su aspecto enfático y teatral, tenía sinceros temblores de

emoción en la voz al llamarla para que decidiera... Cuando entró, aunque abría mucho los ojos para asegurarse de que no dormía, no vio nada al pronto, sintiendo unas ansias locas de sollozar al oír una voz grave y cariñosa decirla con humildad suplicante:

—Señorita... Ante todo le ruego su perdón por no haber usado los procedimientos ya tan conocidos en estos casos. Yo debía, bien lo sé, haberla escrito pidiéndola una limosna de amor... pero ni mi carácter se aviene a tales cosas, ni mi edad es a propósito para hacer el cadete. Lo que sí le juro es que no sabría en este momento expresarle todo el cariño que me ha inspirado en las pocas ocasiones que he tenido la dicha de verla, y que, además de una felicidad solamente soñada, sería para mí un grande honor el que aceptase mi nombre y mi fortuna...

Recordaba ahora que apenas entendió lo que la decía el banquero, reposado y serio; que no pudo hablar, que se abrazó a su madre para no caer al suelo... Su padre se encargó de contestar, y dijo al amable señorón que el honor era para su hija y que podía disponer la boda para cuando él quisiera; que ellos, como ya sabría, no eran ricos... No le dejó acabar el banquero. Todo corría de su cuenta, cosa que no podía ofenderles, puesto que, desde entonces, formaban una sola familia...

Desde aquel día, imborrable en su memoria, pues estremeció su alma con la anunciación de una positiva realidad, ya no se hizo cargo de nada; vivía como muerta, al comenzar, en verdad, su vida.

Sólo algunos días después se fijó en el que iba a ser su esposo, su dueño, no sintiendo hacia él ni aversión ni simpatía. Era un hombre de cuarenta y ocho años, alto y arrogante, pulquérrimo en el vestir, aunque sin alardes de mal gusto; la cara varonil, grave siempre, aparecía como iluminada por una placidez de buen tono que hacía pensar en una existencia tranquila, sin pasiones ni sobresaltos. Quiso que se trasladaran de casa antes de la boda, y, delicadamente, la envió una muy preciosa arquilla japonesa con cinco mil pesetas para flores...

Sin embargo, ella continuaba insensible, como si un golpe demasiado fuerte e inesperado la hubiera cortado la existencia.

Muchas veces, su madre tuvo que sacudirla furiosa, al ver que no gozaba con la alegría de ellos. ¿Pero es que era una mala hija, que prefería verlos morir de hambre? ... ¿No bailaba de gusto al verse envidiada por la ciudad entera y adorada por el mejor hombre del mundo?... Ciertamente que era muy bella, pero ninguno la había querido, pobre y orgullosa. También su padre la habló seriamente; hasta le recitó unos versos, muy a propósito para el caso... Y la familia toda, como si de ella sola dependiera (y así era la verdad) la fortuna y el bienestar seguro de todos, la acosaba para que estuviera alegre, para que no ahuyentase con melindres la riqueza que tan feliz la haría y de la cual todos disfrutarían.

¡Oh, alegría! Si justamente el exceso de alegría la hacía estar tan triste... Todo aquello se le antojaba un cuento de hadas...

Aquel hombre que reposadamente la decía palabras de cariño y la hacía soberbios regalos que ella envidió tantas veces en los escaparates. La casa nueva donde el piano sonaba a todas horas, acariciadas las brillantes teclas por los dedos de su padre, con la graciosa torpeza de un chiquillo. Las salidas y entradas de su madre, menudita y mucho más alegre, cargada siempre de paquetes y chucherías para sus hermanos, pálidos y entecos, que la miraban como si nunca la hubieran visto, como un algo prodigioso. ¡Su hermana iba a tener coche!

Un mes después llegaron los vestidos y el *trousseau*, encargadas ambas cosas a Madrid por el novio. Y la casa se llenó de sedas, de encajes, de lazos... Una maravilla que tocaba medrosa con la punta de sus deditos, como si ninguna de aquellas lindezas fuera para ella.

Estaba asombrada y dudaba... dudaba con la desconfianza de quien no gozó nunca de un capricho.

Pocas noches antes del día señalado para la boda, el novio y su padre quisieron que se probase el vestido blanco, recubierto de encajes y de ramitos de azahar, y al mirarse en la luna del armario, tan blanca toda ella que los ojos y el pelo parecían mas negros, rió, rió enloquecida, confesando arrogante que estaba hermosísima...

El vestido blanco, de larga cola, y de finísimo velo, bordado primorosamente en los bordes, consiguieron, al fin, romper el encanto en que yacía, moviéndose como una sonámbula...

Al otro día, cantó al piano con su padre, jugó con los hermanos, acompañó a su madre en su delirio de compras y tuvo mimos de agradecimiento para su prometido, que se extasiaba con fervor religioso ante la exquisita criatura que iba ser suya...

La completa obscuridad del salón lo invadía ahora todo; sólo era interrumpida por un manchón blanco que formaba la ideal mujer con su postura de muerta, casi rígida en su inmovilidad de evocadora... Como si quisiera ahuyentar algo penoso, agitó una mano blanquísima, que brilló en la sombra, y un gemido, con tonalidades de rugido, quebró el silencio de la estancia misteriosa donde un alma de fuego sufría su impotencia...

Y tenaz, sañudo, el recuerdo penoso y rechazado tomó cuerpo y habló implacable...

Su marido fue bueno, y al darla posesión de la casa señorial, en la cual, según la leyenda, se desarrollaron escenas trágicas que cuenta la historia como verdaderas,

tuvo para ella las palabras más dulces y exaltadas, en medio de su reposo habitual, que no le abandonaban ni en los momentos críticos de su vida. Toda la casa era de un lujo espléndido, sin que nada faltase para un vivir de potentados; pero ¡todo era severo! Ni una claridad de seda, de estatua, de arbusto artificial, rompía la monotonía pesada del terciopelo, de los bellos y artísticos artesonados oscurecidos por el tiempo. De todo la hizo dueña y señora, poniendo a su disposición coches y caballos, servidores y caudal.

Mas ella, sin saber por qué sintió un frío intenso... como un bloque de hielo oprimiéndole el corazón violentamente, al recorrer la casa señorial, severa y lujosa.

Todo aquello que veía la hizo el efecto de una gran celda almohadillada con riquísimos terciopelos, en la que se ahogarían sus gritos de pasión y de juventud, sus ansias de bohemia, su hambre de sol y de multitudes...

Algunos días después de la boda, cuando al ver el entusiasmo del hombre, ya no joven, se creyó en disposición de mandar, inició el primer capricho con ese tono entre mimoso y despótico que irresistible suele ser en las mujeres... La desilusión brutal, de un cinismo grosero, aun cuando envuelta regiamente en los acentos más caballerosos de un galanteador medioevalesco, la hizo comprender que en la casa señorial, severa y elegante, no era otra cosa sino una bella estatua que se adquiere en un impulso de millonario, acaparador de todo lo mejor porque puede comprarlo.

Quiso realizar el sueño de su vida; quiso moverse, viajar, viajar hasta sentir el vértigo; salir de la ciudad pequeña y gris, amurallada como una cárcel por los históricos edificios que la aprisionaban en una cadena interminable de granito musgoso y agrietado... ver otros pueblos, otras gentes desconocidas, otros cielos más azules... montañas y flores... Ver, ver, hasta saciarse...

Pero el marido, en el tono tranquilo y cariñoso con que se habla a los niños, impuso sus gustos.

No podía ni debía dudar de su amor, puesto que ella solo logró atraerle con su belleza, no habiendo tenido él inconveniente alguno en elegir la compañera que necesitaba entre las más pobres, cuando las más ricas se le ofrecían. Pero él, ante todo y antes que todo, tenía un culto, en el cual tres ídolos recibían la adoración más ardiente de su alma: la ciudad, pequeña y triste, como un cementerio, donde descansaban sus muertos... Su casa, severa y tranquila, en la que todo era muelle, dulce, reposado; en la que no se oía una voz más alta de lo regular ni un grito desagradable porque a él no le agradaba. Odiaba las carcajadas fuertes y brutales; amaba la sonrisa placentera que deja traslucir una vida interior sin violencias ni pasiones... Y, por último, sus dos hermanos, sus niños, como seguía llamándoles; aunque ya eran hombres, encargados a él, a su cuidado y a su cariño, por la madre moribunda, al dejar el mundo, en el cual una viudez llorada sin tregua destruyó su

vida lentamente.

¿Viajar? ¿Para qué? En ninguna parte encontraría las comodidades, la dulce tranquilidad del hogar, donde nada, cambiaba, en el que nada imprevisto variaba las costumbres fastuosas y sencillas al mismo tiempo, la seguridad de hacer al día siguiente y a la misma hora lo que se había hecho la víspera... Luego, el tren, hasta en medio de su lujo, es incómodo; las fondas, sucias y molestas; las gentes, desconocidas, descorteses y desagradables; las grandes poblaciones, insufribles con sus casas tan altas, sus calles tan largas, su orgullo de grandes urbes que se respira hasta en el polvillo que levantan coches y tranvías...

Jamás se le ocurrió a él —más que en rarísimos casos de negocios urgentes que reclamaban su presencia— dejar su ciudad, pequeña y silenciosa, en la que era conocido y respetado, ni abandonar su casa para correr el mundo en busca de sensaciones. ¿No tenía allí, sin moverse, todo cuanto podía apetecer? Trajes, joyas, coche... Y todo ello, ¿no era bastante para ostentarlo en el paseo estrecho, siempre el mismo, donde lucía todas las tardes su lujo y su belleza? Si la escogió entre todas, fue porque creyó encontrar en ella la serenidad de espíritu que él deseaba en su compañera, y que, acostumbrada a la pobreza, nunca ambicionaría más de lo que él pudiera y quisiera darle...

Todo inútil.

Pronto se convenció de que, cortés y cariñoso, su marido disponía de una voluntad incommovible. Se casó con ella porque le agrado su belleza para adornar la casa severa y lujosa con las delicadezas de una mujer bonita; pero jamás consentiría que se tocara a lo dispuesto por la madre, ya muerta, ni a las costumbres que formaban su vida.

Lloró con rabia la primera desilusión; cayó enferma.

Bien la cuidaron y mimaron todos; pero ella, en medio de su delirio, tuvo una idea salvadora.

Al ponerse buena huiría de aquella gran celda almohadillada con ricos terciopelos, como dispuesta para ahogar sus gritos de pasión y de juventud, en busca de la libertad, de una vida risueña y bulliciosa para lo cual robaría a su marido... cuanto pudiese... dinero... sus joyas...

El ansia de realizar su deseo precipitó la curación; pero, cuando ya todo estuvo dispuesto, hasta la hora de partir, una debilidad, o más bien, un miedo pueril al pensar que iba a encontrarse sola en el tren, en otros pueblos, entre gentes totalmente desconocidas, la horrorizó de tal manera... que se abrazó silenciosa a su marido como pidiéndole protección..

Tuvo, luego, algunos meses de calma en que parecía gozar de la tranquilidad dulce amable del hogar. Mas, ahora, otra vez el hastío, el cansancio de la vida monótona en la que nada variaba, deslizándose el tiempo sin un sobresalto, abrumadoramente silencioso, exasperaba sus nervios haciéndolos vibrar en odio feroz por todo; por la casa lujosa y severa; por la población pequeña y triste donde todo parecía muerto...; por las gentes, tan conocidas, que más que una sociedad formaban una gran familia, por su marido, reposado siempre, amable, risueño, sin una exaltación ni en sus caricias.

No, ya no estaba dispuesta a sufrir por más tiempo la vida tranquila que la ofrecieran como suprema felicidad.

Cruzó las manos, que volvieron a brillar en la sombra, y una ferviente súplica brotó de sus labios pálidos y crispados...

—¡De qué modo, Dios mío, de qué modo acabar con todo esto que aborrezco!

Como si la desesperada invocación hubiese llegado hasta donde ella la elevara, Gabriela, de pronto, sintió germinar en su cerebro la idea tan ardientemente buscada. Se puso en pie con la rapidez de quien recibe una descarga eléctrica, y en una postura trágica, inmóvil de nuevo por el estupor que a ella misma causaba la terrible idea, cerró los ojos como queriendo reconcentrar todas las ansias de su alma en un solo pensamiento.

Sí... Era inevitable... pero, ¿en qué forma?... Los balcones no eran altos; la casa no tenía sino un solo piso, además del entresuelo. ¿Un veneno?... ¿El pozo de la huerta?... ¡Ah!... Su marido se afeitaba él mismo y guardaba... sí, en un cajón del tocador. Estaba segura... La había visto más de una vez, finísima, brillante como una joya o un juguete...

Con vaguedades de sonámbula, con la nerviosa precipitación de quien teme una pequeña duda para realizar lo que desea intensamente, exclamó en alta voz, clara, precisa:

—Es necesario... Ahora mismo...

Pero no se movió.

Un cuadro siniestro, ejecutado con horribles detalles por su cobardía, por el trivialísimo miedo a causarse ella misma un dolor físico, la hizo estremecer. Rechinaron sus dientes y los sollozos estallaron, fuertes, convulsivos...

Se imaginó tendida en la alfombra de su alcoba; sintió correr suavemente por entre sus dedos crispados la sangre tibia que los teñía de rojo... El escozor de la

herida abierta, palpitante, que la desfiguraba hasta hacerla incognoscible en las últimas contorsiones de la agonía...

Abrió los ojos, y al encontrarse rodeada de sombras, el espanto la enloqueció. Extendió los brazos, temiendo tropezar con algo o con *alguien*, y lanzándose a la puerta cerrada la golpeó, gritando impaciente, jadeante:

—¡Plácida! ¡Plácida!... ¡Sebastián! ¡Rafael! ¡Salvador!...

IV

—¡Hola! ¿Qué hace aquí *Garibaldi*...?

El aludido, puesto de rodillas ante la chimenea, levantó su cara, roja y mofletuda, en la que dos ojillos limpios de pestañas, lloraban sin cesar.

—¡Ya empezamos!... —dijo en voz baja y malhumorada, enjugándose el sudor de la pulida calva de toda su cabeza con un bien cumplido pañuelo de hierbas, que previamente sacudió en el aire —¡Cuidado, mocito; cuidado, mocito! —continuó en un canturreo amenazador.

Una carcajada insolente del joven empleado exasperó aún más al viejo, que se puso a gatas para levantarse resoplando...

—¡Sin... vergüenza como él! No, si bien digo yo que el mundo ya no es mundo... Hasta el señor se vuelve otro... Apenas si se fija en nada ni en nadie... Si no fuera por Rafaelillo que atiende a los negocios... Aquí ya todo el mundo mete ruido... se ríe a carcajadas... La señora cada día con un vestido nuevo... y al paseo, al teatro, queriéndose llevar con ella a los chicos, aunque uno esté en la Caja y el otro estudiando... ¡Es mucho cuento, señor, es mucho cuento!...

—Pero... abuelo, ¿a que tengo que volver a llamarle? Bien hemos...—y el muchachuelo hizo un rápido gesto con las dos manos abiertas delante de su cara.

—¡Sin... vergüenza como él! Ni una gota... que me caiga muerto... Todo eso lo pensaba yo mientras atizaba esta condenada chimenea, que no tira...

—¿Con el día de sol que hace y enciende lumbre?... ¡Cuando yo digo!... —insistió el empleadillo, repitiendo el gesto.

—¡Cuidado, mocito! ¡Cuidado, mocito!... Lo manda el señor, y un portero no es nadie... ¡está claro!...

—¡Ah!... Don Sebastián, yo me escurro... Adiós, *Garibaldi*...

Don Sebastián Lopez-Sierra se detuvo en la puerta y miró con ansia, apenas disimulada, la magnífica mesa de despacho, ordenada y limpia. Palideció hasta ponerse lívido...

—¿Quiere algo el señor?... —se insinuó el rechoncho portero, con la gorra en su mano temblona de alcoholizado.

—Nada... Gracias...

Ya solo, el banquero estrujó con rabia una carta puesta en medio de su mesa, entre otras. Rasgó febril el sobre, grande y fuerte, sacando de él un papel rayado de azul y con groseros borrones de tinta.

“Tu mujer te engaña con uno de tus hermanos.”

¡Otra vez!... Quedó como hipnotizado mirando el renglón torcido, las letras grandes, bien cargadas de tinta roja. Era para perder la razón...

Todos los días, sin faltar uno, desde hacia unos cuantos, recibía la misma carta acusadora. Siempre el mismo papel con borrones; siempre el mismo renglón torcido, bien recargado de tinta roja, “tu mujer te engaña con uno de tus hermanos...”

El primer día no hizo caso del infame papelucho. El segundo día le arrancó una leve sonrisa de desprecio. Algún envidioso de su felicidad.

El tercero día no pudo dormir... El cuarto día la duda lo dejó pensativo, y una pregunta brotó de sus labios, que temblaban... “¿Cual?...” Y ahora, ahora la duda, con el ropaje de la certeza, era la pesadilla de su cerebro y de su alma... Esperaba con ansia, como un enamorado del suplicio, la hora maldita para estrujar entre sus manos, frías por el espanto, las letras rojas, que diríanse escritas con sangre... En algunos momentos, sin embargo, se figuró que todo ello sería una burla... ¿Para qué entonces martirizarse?... Sus hermanos, los niños amados que él cuidó, rodeándoles de ternura para que no notasen la eterna ausencia de la madre, eran incapaces de tal villanía... No, no podía creerlo. Sabían que adoraba a su mujer sin alardes, a su manera, pero profundamente. Y ella... ¡Imposible! Era buena, agradecida... Hasta por darle gusto a él, contuvo sus nervios, disfrutando a su lado una alegría sana... tal vez un poco ruidosa en ocasiones... Para todos tenía palabras de cariño...

—¡No, no lo creo!

Se sentó en el sillón y, pausadamente, muy pálido aún, comenzó a rasgar la carta acusadora y anónima, sin dejar de mirar las letras rojas, que bailaban entre sus dedos

una danza diabólica...

—¿Estás malo?...

Levantó la cabeza y vio ante él, del otro lado de la mesa, al hermano menor, Salvador. ¿Cuándo había entrado?... Sin contestar, le miró fijamente, con visible asombro, como si una figura monstruosa y desconocida apareciera de pronto para asustarle... ¿Sería éste?... Una mano amarillenta y larga, mano de Dolorosa, pareció poner un velo con la amante lentitud con que antes se posó en la cabeza de los hijos, entre sus ojos fieros y el muchacho de dieciocho años, pálido hasta lo increíble, alto y señoril, con algo de suavemente felino en su cuerpo delgado y esbelto, con un algo indescifrable que hacía daño en la fría y quieta mirada de sus ojos azules.

—¿Estás malo?... —repitió el joven con temor y cariño.

—Es prodigioso... ¡Lo que has crecido, niño mío!... Te miraba porque me parecías otro... No te había visto hoy todavía... ¿Y qué, es buena la compañía?...

Afectuoso y reposado habló el banquero; frío y tranquilo ya le miró el hermano.

—¡Bah! Como todas las que vienen a una insignificante capital de provincia. Te aseguro que yo, más que a pasar un buen rato, voy a sufrir viendo a aquellas infelices mujeres, delgaduchas, anémicas, que parecen salir a la escena para contarnos y llorar sus propias desventuras... Tan plañideras y tan quejumbrosas son todas.

—¿Y por qué vas, si no te agrada?...

—Ya sabes que voy pocas veces; prefiero pasar las primeras horas de la noche con la Patología médica... Pero se empeñó Gabriela en que si tú no ibas fuera yo... y como tú me mandaste...

—Nunca he salido de noche. Tú, nene mío, eres joven y necesitas para vivir algo más que el libro abierto ante tus ojos... No sales... No te agrada nada, y vas a concluir por incomodarme. Además, hay que dar gusto a Gabriela. Y... a propósito, ¿has reparado en lo alegre que está desde hace algún tiempo?... Ya no tiene aquellas tristezas que terminaban siempre con un estallido de sus nervios, y que a mí, la verdad, me disgustaban... Ahora está alegre a todas horas, risueña y charlatana, y por esto, mucho más bonita, ¿no te parece?

Salvador miró un momento a su hermano, y sus ojos, de mirada fría, se dulcificaron.

-Si, la casa está mucho más alegre. Rafael y yo tuvimos miedo de que no fueras feliz...

-Pues os habéis equivocado. Todo, desde que mi mujercita guardó sus nervios entre las cosas que para nada sirven, que bien estorban, todo marcha a pedir boca. Rafael cada día me tiene más satisfecho por lo bien que entiende los negocios, sin precipitaciones ni negligencias. Tú, hecho un buen mozo, entusiasmado con la medicina... Pero, di, a que estáis más contentos, más a vuestro gusto desde que hay en casa una mujer joven y hermosa?... Di, habla...

Duro, casi con ira, ordenó al joven una contestación. La duda invadió otra vez su espíritu. Una duda, perversa que le enloquecía.

—¡Habla... ¡habla!... ¿Es hermosa verdad?...

Salvador se encogió de hombros, entre glacial y desdeñoso.

—Estábamos mejor los tres solos. Había menos ruido...

—¿No mientes?... —insistió el banquero, con el ansioso deseo de creerle. Pero al ver lo impasible que su hermano le miraba y le oía, volvió a su calma y le dijo en tono mesurado, temiendo, sin duda, otro asalto de su latente duda:

—¿No sales?... Anda, pasea...

—Si, me esperan. Volveré pronto.

Algo de felino había en el andar silencioso del joven. Viéndole marchar el banquero pensó que acaso era él, callado y frío, el que... ¡Oh, si fuera!... Como a un reptil le aplastaría..., mientras sus labios murmuraban las dulces, las pueriles caricias con las cuales le arrullaba cuando siendo niño llamaba a su madre... No, no quería creerlo; necesitaba para vivir la apacible tranquilidad de la que había hecho un culto, quietud, silencio...

Bruscamente abrieron la puerta, una bonita mampara de cuero verde con gruesos agarradores de níquel, y entró Gabriela inundando el despacho ricamente amueblado —dominando en todo los tonos oscuros— de encajes blancos, de volantes, de un sutilísimo y agradable perfume.

—¿Se puede?... —dijo sin avanzar.

Melodiosa era su voz clara, en la cual parecía, ahora, retozar la risa...

—Adelante... adelante... —contestó afectuoso el banquero.

—Perdóname si vengo a interrumpir tu trabajo, pero creí hallar aquí a Salvador

—Pues ya ves que no... ¿Quieres algo?

Don Sebastián se había puesto en pie rápidamente, en una sacudida inesperada

—¡Oh! Nada más decirle que se viniera conmigo de paseo. Hay que distraerle, Sebastián Te aseguro que me da pena verle, lo mismo a él que a Rafael, siempre serios, siempre apacibles y reconcentrados, como si no se apercibieran de que son jóvenes, de que hay muchas cosas bonitas y alegres en el mundo.

Don Sebastián miraba, complaciente y risueño su rostro bondadoso, mientras sus manos agarraban el borde de la mesa, crispada por la rabia y el dolor...

—Y tú eres el culpable de que los muchachos hayan salido así, tan... viejos, con tu manía de silencio, de una vida plácida, tranquila, en la que todo ha de hacerse sonriendo sin permitir una carcajada, un grito de entusiasmo... ¿Lo ves? —continuó fingiéndose enfadada — ¿Lo ves? Me has escuchado con tu eterna sonrisa, sin que se te ocurra protestar... ¡Ah! ¡qué calma!...

Esfuerzo horrible costó al banquero sentarse otra vez aparentando un reposo indiferente. Pensamientos de odio, en los que había violencias, jamás pensados... nublaban sus ojos, que mantenía fijos en la mujer...

—Pero, hija mía, si estoy realmente gozando con tu deliciosa charla, como si fuera un arrullo... Así, así es como quiero yo verte, alegre, dulce, reposada, las tres únicas cualidades que pueden hacer adorable a una mujer... ¿Vas de paseo? Estás muy hermosa... Ven, dame un beso y...

—¿Estorbo?, interrumpió la esposa con malicia.

—Pues, mira, en este momento, pudiera ser. Tengo que hacer unas liquidaciones urgentes...

Gabriela, en pie, estaba bellísima. Alta y erguida, vestía con suprema elegancia un traje blanco, su color favorito. Tal vez para los amantes de una plástica exuberante resultase un tanto delgada, pero todo en ella era armónico. Las líneas alargadas y divinamente redondas; el andar gracioso y firme, aun cuando parecía no poner en el suelo los pies primorosos por lo pequeños, de un clasicismo genuinamente español. Su cara pálida, de mujer apasionada y vehemente, se animaba a veces con entusiasmos de niña, y en su expresión ingenua hubiérase dicho que flotaba una felicidad infantil; mas, casi siempre, aparecía en una quietud vaga, de ensueño y amargura, como si se cansase de esperar algo prometido... Los ojos, negros, de largas pestañas —ojos de misterio, ojos de abismo— tenían languideces y desmayos incomprensibles, quedando inmóviles, duros y fijos en algunos momentos, cual si una vida interior, espléndida y activa, fuera la causa de esos cambios en el juego de sus miradas. La fina nariz, estremecida de continuo con un husmeo sensual, se recortaba artística por encima de la boca pequeña, cerrada blandamente por los carnosos,

encendidos y húmedos labios, como una provocación a la audacia, al terrible beso con acres dejos de sangre, que incita a gritar entre jadeos de agonía la palabra muerte... Boca con un no sé qué de animalidad, contrastando de un modo extraño con la suave sonrisa que en ella anidaba, causando sensaciones de caricia al arquearla.

Sin embargo —lo sabía ella—, su belleza de estatua no despertaba en los hombres, que la admiraban, apetitos carnales. La juzgaban fría e impasible, indiferente hacia todo, sin sospechar siquiera su alma ardiente, los ímpetus salvajes de su carne divina, pálida, muy pálida...

—¡Ja,ja,ja!...

—¿De qué te ríes? —preguntó el banquero, poniéndose lívido.

Gabriela le miró, y una llamarada abrasó su cara con el reflejo de un incendio invisible... Sus ojos, negros, de largas pestañas— ojos de misterio, ojos de abismo— parecieron metalizarse por un brillo de triunfo... Su boca se arqueó al dibujar una leve sonrisa pausada y enigmática...

—Entonces... si no está Salvador, me llevo a Rafael.

—No sé si podrá... está en la Caja...

La voz de don Sebastián se hizo desconocida aun para él mismo, al enronquecerse. Todo su cuerpo temblaba, mientras su cara bondadosa sonreía.

—No, no importa... Hay que distraerlos... Adiós, te lo robo... ¡ja, ja!... Un rapto...

Todavía se oyó un momento su risa, que apagó la mampara al encajarse con un sordo y violento golpetazo.

Sin saber cómo, llegó hasta allí; el banquero levantó un visillo, al tiempo rodó un coche bruscamente, haciendo trepidar los cristales... y su alma.

Apoyó el dedo rígido sobre un timbre.

—¿Llama el señor?... —inquirió la vocecilla azorada y temblona del viejo portero, en el tono que suele emplearse para hablar en una habitación de enfermo que reposa.

—Que venga el señorito Rafael...

—Salió con la señora... La señora no quiso que entrase a pedirle permiso y,

naturalmente, se lo llevó...

—Hizo bien —interrumpió el banquero, mirándole fijamente y tranquilo—. Retírate.

Ronca, rabiosa, sollozante, la pregunta estalló en un grito contenido...

—¿Cuál?... ¿Cuál?...

V

En el suntuoso comedor, triste por la niebla grisácea que envolvía a la ciudad hasta borrarla, la comida terminaba entre las carcajadas y la charla incansable de Gabriela, que incitaba a los dos jóvenes a reírse, a verter su juventud en una cascada de alegrías, de palabras, de gritos de entusiasmo. Don Sebastián, sonriente, les miraba y sufría...

—¿Y tú, Salvador, no has tenido novia?... No, no lo creo. Un guapo mozo como eres... y con esos ojazos que parecen dos cielos muertos... Lo que me hace gracia es la gravedad con que dice Rafael: "Las mujeres... todas o ninguna..." ¡Ja, ja! ... El picarillo, y es tan feúcho...

Feo y huraño era Rafael, que balanceaba su cabezota rapada incesantemente, como si nada de cuanto le rodeaba le contentase. Castigada su cara, abultada y morena, por la viruela, siendo ya adolescente, conservaba aún a los veintiún años profundas señales, amoratadas y escamosas. Pequeñito de cuerpo, y todo él gordinflón, parecía uno de esos ídolos monstruosos, graciosamente exóticos, del país del sol. Una bestial ave de rapiña en la que todo hubiera muerto, excepto los ojos saltones, vivaces e inquietos de insaciable carnívoro. No hablaba casi nunca, no sabía hablar, aunque de continuo removía los labios, gruesos y salientes, como buscando una palabra que decir, no hallada las más de las veces. Pero haría un admirable banquero, un excelente hombre de negocios, pues tenía una precisión rara para el cálculo, una portentosa intuición para las operaciones mercantiles, una prodigiosa actividad para el trabajo diario. Idolatraba al hermano mayor con la sumisión de un perro, de un criado viejo. Admiraba a Salvador profundamente por sus estudios y por su fina belleza, fría, desdeñosa y austera. Eran tres seres tan unidos, tan compenetrados en sus gustos, en la quietud de sus deseos, a pesar de su disparidad física, que parecían no estar animados más que de una sola alma gigantesca, fuerte y adormecida, dividida en tres porciones iguales.

—Bebes demasiado, Gabriela —dijo don Sebastián con una voz que ya no era la suya: tan ronca y dolorida sonaba.

—Rafael, ¿otra copa?... No, no digas que no. Toma, bebe por la mía...

Se levantó, se acercó al joven, apoyando la copa en los gruesos labios del monstruoso ídolo, en tanto que sus ojos magníficos —ojos de misterio, ojos de abismo— acariciaban la fría belleza de Salvador con una mirada singular.

—Bebe, bebe...; ja, ja, ja! ... Pareces un pequeñín... No sabes...

Estaba roja, palpitante, bellísima. Reía con toda el alma, de un modo brutal, esparciendo el musical eco de sus carcajadas por el suntuoso comedor, que lo recogía desabrido y rencoroso, para ahogarlo al punto, irascible, entre sus artesonados de ennegrecidos arabescos, contra los macizos y artísticos muebles conventuales y los pesadísimos cortinajes de oscuro terciopelo.

El banquero, lívido, dejó de sonreír. Sus claros ojos seguían anhelantes el juego de Gabriela, posándose alternativamente en las caras de los dos jóvenes, que, al fin, rieron con las mejillas encendidas, hablando a un tiempo, extendiendo a la par las manos ávidas para alcanzar la copa que la gentil levantaba entre ellos, dejando el brazo desnudo a la altura de sus labios en un remolino de encajes que rozaban sus cabezas, provocativos.

—No, no... Ahora Salvador... Pero has de contarme alguna aventura... Y luego tú, Rafael...

Lenta, rastrera, resonó en sus oídos, en su cerebro, en su alma, en todo su ser, hasta invadirlo con sus acentos crueles, la voz desconocida... «Tu mujer te engaña con uno de tus hermanos...» Mírala, ya no es la misma. Y tú eres un pobre hombre imbécil y tonto... Un marido, en fin... Jamás se vistió para ti con el refinado esmero que ahora lo hace, dejando al descubierto lo que a ti te rehusó mil veces... Su palidez se tiñe de rosa, reflejando el amoroso fuego interior... Mira, mira sus ojos, que nunca conseguiste ver abiertos enfrente de los tuyos, agrandarse como para gustar por más tiempo la caricia de otros ojos... Sus manos exquisitas, que no tuvieron para ti un blando gesto de amor, que estrechaste siempre, heladas e inmóviles, posarse estremecidas y ardorosas en la cabeza rubia, en el deforme hombro del monstruoso ídolo... Fíjate en sus risas exuberantes y ruidosas que escandalizan la casa, silenciosa y austera como una abadía...; en sus miradas apasionadas e intensas, insistentes, que despiertan deseos...; en sus gentilísimos movimientos que descubren contornos adorables en el vertiginoso revuelo de cosas blancas, de lazos azules... En todo, en todo vibra el amor... Y tú, ciego, cobarde, aún dudas... Todavía tienes fe en los hermanos que tú llamas niños, sin querer ver que son ya hombres... En ella, pérfida, que burla tu amor, tu tranquilidad, la apacibilidad risueña de tu espíritu honrado... ¿La ves, la ves?... Juguetea lasciva, y Salvador murmura algo que tú no oyes... Rafael torna su mano entre las suyas... Mereces, sí, mereces ver todo eso por ciego y cobarde...

Un ruido sordo y estrepitoso hizo volver la cabeza a los tres jóvenes, que

seguían bromeando. El sillón en que don Sebastián se sentaba cayó contra un aparador, haciendo saltar con su violento golpe una costosa bandeja de plata, redonda y repujada, que fue rodando hasta un rincón, contra el que chocó, volcándose después de un titubeo. El banquero, en pie, horrible en su furor contenido, balbucía palabras ininteligibles que hacían temblar su barba azulada por la reciente rapadura.

Los dos jóvenes, asombrados, con el instinto de su obediencia, bajaron la cabeza con la mansedumbre de un reo que confiesa... Gabriela, con llamarada extraña en sus ojos negros, que parecieron más negros por la mirada infernal que en ellos lucía, levantó los brazos, en un movimiento de hechicera coquetería, para arreglar un rizo despeinado y ocultar la sonrisa que arqueó sus labios, pausada y enigmática...

—¡Marchaos!... —rugió más que habló, don Sebastián, mostrándoles la puerta a los hermanos.

Estos salieron, casi impasibles en su humildad.

Después, atropellando sillas que caían al suelo con un ruido sordo, dijo a la mujer:

—Y tú, ven...

Gabriela le siguió, sonriendo...

En medio del salón, alargado y severo cual nave de catedral, se detuvo, al fin, el banquero enfrente de su mujer, que aún sonreía... Mientras él guardaba silencio, contemplándola con ansia furiosa, ella paseó lentamente, como en melancólica despedida de cosas odiadas que nos hicieron sufrir, y que, por fin, se perdonan, las miradas de sus magníficos ojos negros —ojos de misterio, ojos de abismo— por los ricos muebles de terciopelo oscuro y doradas molduras, por los cuadros en los que figuras borrosas, por lo enjutas y por el tiempo, la miraron hostiles desde el primer día que entró en la casa señorial y lujosa, yendo a detenerse, con tenaz fijeza, en la chaise-longue de raso negro, puesta ante uno de los balcones como un catafalco. Ella, solo ella conocía el secreto de sus ensueños trágicos, de las pálidas quimeras, tenues y fugaces, como todo lo increado, que sobre ella, tendida, martirizaron su espíritu, tejiendo y destejiendo los dos tiempos que llenaban su vida: el pasado, tenebroso y amargo; el presente, fastuoso y vacío...

—Gabriela... no he podido evitarlo... perdóname... ¡Sufro tanto! Te lo suplico, dime la verdad... ¿Es cierto?...

—No comprendo, amigo mío... ¿Estás enfermo?...

Gabriela sonreía aún, sin mirarle...

—Te aseguro que he tardado mucho tiempo en creerlo... Como un castigo inventado por el más inhumano y sañudo de los enemigos, todos, todos los días, sin faltar uno, recibo esta carta maldita sin la cual no podría ya vivir... Toma, lee.

Delante de los ojos negros, que se entornaron casi hasta cerrarse, las letras rojas temblaron...

—¿Es cierto?... ¿No me engañan?... Habla, habla o no respondo...

—¿Y tú lo has creído?... ¡Oh!

No se indignó ante la misteriosa acusación, como el marido esperaba. Por el contrario, sus palabras de protesta fueron dichas en un tono vago, con cierta timidez gozosa que parecía encubrir una plena confesión.

Don Sebastián, entonces, en un movimiento involuntario apresó con fuerza uno de sus mórbidos brazos que pendían a lo largo de su cuerpo gentil —que ahora deseaba él más que nunca...— y acercando su cara a la de ella amenazó fuera de sí...

—¡Ah! ¡Es cierto! Dilo, dilo de una vez... Ten la valentía de confesar tu crimen, ya que no fuiste cobarde para cometerlo... ¡Habla, infame, o te mato!

Nada más terrible que la ira de un hombre pacífico. Sebastián bramaba de coraje al resurgir en él la bestia humana, y sacudía sin compasión el exquisito brazo que enrojeció bajo los blancos encajes.

Gabriela, en un rápido gesto de defensa, rechazó al banquero y, fiera, provocativa y sin mirarle, dijo con voz baja:

—Pues, sí, es verdad... Es verdad, ¿lo oyes?... pero jamás, ¿lo oyes?, jamás te diré...

—Sí, es necesario... ¿Cuál?... ¿Cual? Dime su nombre y no temas ni por él ni por ti... Saldrá de mi casa y evitaremos el ruido de un escándalo... ¿cuál?

—¡No y no!... —respondió la joven con firmeza, mirándole por fin a la cara. Y con los vibrantes acentos de un insulto, exclamó: —¡Mátame!...

Se acercaba a él, terca, anhelante, como si la atrajeran las brutales manos que se abrían y cerraban nerviosas...

Un grito ronco, grito de dolor de una bestia que recuerda que es hombre, se escapó de la garganta del banquero, que salió impetuoso, oyéndose el rechinar de una llave que giró...

Gabriela, inmóvil, apenas si se dio cuenta de que su marido la encerraba. Con la mirada vaga, aún más misteriosa, parecía desafiar a un ser invisible. Y sus labios se entreabrieron en cruel sonrisa, musitando despechados:

—¡Ni así!...

Un estrépito inusitado de puertas cerradas violentamente, de voces lejanas, y, sobre todo, el ritmo desigual de unos pasos incesantes, la hicieron volver a la realidad. La casa, como un cuerpo inerte que de pronto adquiriese vida, se llenaba de ruidos, se animaba, resucitando, al fin, de su letargo de inmensa y milenaria tortuga.

Los pasos continuaban furiosos, incesantes.

Su marido se paseaba en la habitación inmediata, meditando, tal vez, un castigo... Acaso volviese... Querría saber el nombre... ¡Oh!...

Los pasos continuaban furiosos, incesantes.

El estremecimiento de un terror repentino hizo temblar su cuerpo de estatua.

Rápida, pasó por su cerebro la idea de que su marido pudiera suicidarse. De un salto fue hasta la puerta tratando de abrirla...

—¡No, no; soy yo la que debe morir —gritó horrorizada, golpeando la puerta que no cedía—... ¡Abre, abre!...

Nadie acudió a sus gritos, a sus golpes de espanto, que hicieron brotar la sangre de sus manos, finas y blancas como pétalos.

Entonces, con su cara de loca pegada a la puerta —que abarcaba con sus brazos en cruz—, toda su ansia, toda su atención se concentró en el ritmo desigual de aquel furioso paseo...

Los pasos, siempre recios, violentos, continuaban incesantes.

VI

La borrosa ciudad, silenciosa y triste, acogió sorprendida la noticia. Don Sebastián Lopez-Sierra se retiraba de los negocios, cerraba su casa de banca, después de uno, dos meses de liquidaciones mercantiles. Nadie podía explicarse tal resolución en un hombre que todos sabían era trabajador infatigable, a pesar de sus millones; la bondad con que trataba a sus empleados, teniendo más de los necesarios y remunerándoles sus respectivos empleos con paternal largueza. En la casa señorial, tan austera y lujosa, no quedó sino el llorón portero, viejo y borracho, quien se pasaba el día murmurando con la testarudez senil de un alcoholizado y como si a reflexiones no formuladas contestase:

—¡Es mucho cuento, señor; es mucho cuento!...

Ningún ruido, ninguna voz rompía ahora la solemne quietud ni la severidad del caserón histórico, que guardaba misterioso las pequeñas miserias humanas que agobian a los hombres, al igual que un panteón regio guarda en sus entrañas pétreas la putrefacta verdad de las falsas grandezas.

Y era más completo el terrible silencio, después de un despertar momentáneo de la mole de piedra en la que resonaron gritos de rabia, sollozos de desconsuelo, juramentos, portazos, voces violentas y amenazadoras o suplicantes y humildes... El correr azorado de los viejos criados de aspecto monacal, para cumplir una rápida orden; el golpetazo seco de una silla derrumbada al paso... Aquel lastimoso trepidar de los cristales, una noche, bajo el pesado rodar de un carruaje que fue alejándose por entre la obscuridad de tortuosas callejuelas, y en el fondo del cual lloraban la repentina verdad de su sorpresa Rafael y Salvador.

Se iban, no sabían donde, maldecidos por el anatema furibundo del banquero, desconocido para ellos en su nuevo y horrible aspecto de hombre-bestia, al arrojarlos de la casa señorial en que nacieron, con los brutales gestos incoherentes de un condenado.

Trémulo y desencajado; envejecido por la dolorosa tensión de los músculos, que parecían haberse separado de la piel en una sola contracción, dejándola arrugada y maltrecha, yacía don Sebastián hundido, más que sentado, en el sillón de su despacho, del que apenas se levantaba, y en el que pasaba días y días como aniquilado por un golpe demasiado rudo. A veces, sin embargo, con laxitud de convaleciente, vagaba por toda la casa, que le devolvía el eco de sus pasos en el tono quejumbroso de un enfermo a quien se despierta, como buscando algo..., y su mirada extraviada, rencorosa, se posaba hostil sobre las cosas que antes fueron su encanto. De tiempo en tiempo hacía movimientos con las temblonas manos levantadas ante su cara, cual si tratase de ahuyentar una visión espantable o molesta.

¡Su casa!... ¡Oh, lo que le pesaban las piedras de granito musgoso, -allí, en el cráneo, martillado sin cesar por la cruel pregunta! ...Cuanto la odiaba, hasta haberla hecho polvo, al verla teatro de una horrible comedia vulgarísima!...

—Pero ¿cuál, Dios mío, cuál?...

Con sollozos desgarradores unas veces, con frenética rabia otras, mascullaba incesantemente la fatal pregunta, a la que nadie quiso contestar, a la que nadie contestaba.

Y para colmo de su tormento, siempre, a todas horas, tenía delante de su vista y en sus oídos la brutal escena con los dos hermanos, en la que amenazó exasperado, furioso... Las voces humildes de protesta; el sollozante adiós de los jóvenes al arrojarlos de por vida de la casa señorial que les vio nacer, que les cobijó luego, austera y gratisima, y que parecía acogerlo a él, ahora, con fiera hostilidad, plena de acusadores silencios...

Fue aquél un instante de titánica lucha en el que, con una saña infernal, se entrechocaron en su alma sus amores de hombre, el cariño inmenso por los dos niños que, hasta entonces, no comprendió, no quiso ver que eran ya hombres; la duda desvanecida por el instinto salvaje de su carne, azuzándole con violenta y desconocida lujuria, al sentirse desposeída de un bien indispensable que creía suyo...; la espantosa verdad rechazada con ahínco por su bondad, por la honradez de su espíritu plácido y caballeresco.

Venció lo malo. Creyó, creyó en el crimen que jamás soñara, confiado en que aquellos niños que constituyeron su vida, sus más tiernas alegrías, no serían unos infames al convertirse en hombres. ¿Pero cual, cual era el infame? ... ¿Por qué no confesó el que fuera? Acaso él hubiera perdonado... ¡No, no!, imposible perdonar a quien le robo la honra, el amor de su mujer, que era suya, ¡solo suya!... Nunca supo bien, hasta que otro la quiso, cuánto la adoraba.

—¿Pero cual, cual?...

...¿Dónde estarían?... ¿Qué harían?... ¿Por qué el canalla consintió que el otro también pagase un crimen no cometido?... ¿Por qué la atrayente visión de su infancia se mezclaba a la horrible, a la innoble escena en la que él insultó, amenazó loco, impulsado, más que por el atropello a su dignidad de esposo, por el monstruoso rugido de su virilidad burlada, y los veía de continuo ante él como si quisieran aplacar sus furores, sonrientes, agarrados de la mano, igual que cuando volvían del colegio y le pedían un beso?...

—¿Pero cuál, cuál?...

Don Sebastián se levantó y, tambaleándose, dio unos pasos inciertos, abarcando al propio tiempo con ambas manos su cabeza. Presentía la locura...

Tenue, medrosa, una voz femenina pareció como deslizarse por la entreabierta mampara:

—La señora está peor y quiere hablarle...

El banquero se estremeció visiblemente; quedó inmóvil; anonadado por lo que para él era inesperada sorpresa. ¡Su mujer!...

No había vuelto a verla desde la lejana noche en que él se despojó de su aspecto de hombre para desahogar la bestial ira que dormía allá en el fondo de su ser, y que logró convertirle en una fiera que reclama su hembra...

Infinitas veces le asaltó un violento deseo de hablarla, de mirar, hasta sentir el vértigo de lo insondable, sus ojos negros — ojos de misterio, ojos de abismo—; de besar sus labios, aún más deseables porque mentían, y arrancar de ellos el nombre del hermano infame entre dos gritos de supremo placer y de suprema rabia... Pero era necesario un castigo para ella, la inútil muñeca, vana y soberbia, que tuvo, sin embargo, el inaudito poder de destruirlo todo: hogar, tranquilidad, amores, familia; aquella apacible vida que él soñó siempre, monótona sí, pero agradable y dulce... Rodeado de los tres únicos seres que llenaban su corazón, habían de deslizarse las horas, hasta que sonase la última para él, mansamente, sin sobresaltos, en la casa señorial de recuerdos históricos, que embellecen las leyendas, aprisionada en el centro de la ciudad pequeña, silenciosa, sin otro rumor que el suave y alegre del poético río que parece arrullarla ciñéndola cual cintillo de plata.

¿Verla?... No, podría contenerse. Él, tan pacífico, sentía dentro de sí inusitados arrebatos ante la tenaz negativa que volvería a salir de aquellos labios que hubiera querido besar... La impuso el castigo menos ruidoso; un castigo, en el que no había ni violencias ni escándalo; un castigo, que los dos compartían al vivir aislados bajo el mismo techo. Ella, entregada tal vez a sus recuerdos de amor, siguiéndole a él en sus fantásticos ensueños de enamorada, desesperándose al encontrarse sola y rodeada de

un silencio abrumador de tumba... Él, sufriendo, torturado por la ausencia de ellos, por los brutales deseos de verla y no querer verla, de saber toda la verdad...

Tenue, llorosa, la voz femenina volvió a deslizarse con miedo por la mampara entreabierta.

—La señora se muere y desea hablarle...

Rápido se volvió el banquero abalanzándose a la puerta, que abrió de un empujón.

—¿Quién es? ... —demandó espantado, con el temor bien definido de verse invadido por la locura, creyendo en una alucinación de su cerebro que titubeaba...

—La señora se muere y desea hablarle... —repitió aún mas trémula la voz femenina, en las profundidades del oscuro corredor.

Lúgubre resonó el portazo de la mampara. Don Sebastián, aturdido, se dejó caer casi inerte en el sillón de alto respaldo, que para él había llegado a ser de tortura.

¡Se moría!...

Un involuntario sollozo estremeció su recio cuerpo y dos gruesas lagrimas se detuvieron inciertas en las profundas arrugas de las mejillas antes de caer.

¡Ella, muerta!... ¡Los otros, lejos!...

¡No, no, no quería eso! Los necesitaba para vivir. Eran su vida... Le era indispensable el cariño de los tres; verles, hablarles, olvidar... Volver a las plácidas y risueñas costumbres que formaban su elemento. Reconstruir el hogar... Gabriela, al verse perdonada, no moriría... Ella fue la única mujer que le inspiró amor; debía perdonarla...

¡Oh, sí! Es dulce la indulgencia. Al fin había sido a su hermano, a uno de sus niños queridos, a quien ella amó... Solamente le pediría, a cambio de su completo perdón, el nombre... que le dijera cual... La estúpida obsesión habría de amenguar mil veces su dicha, estaba seguro. Era preciso borrar, aniquilar en absoluto la idea fija que martillaba sin piedad y sin tregua firme... su cerebro, no firme... «¿Rafael?... ¿Salvador?...» Ella terminaría, agradecida, la cruel duda. «Es buena... Todos son buenos...»; pero él... él infinitamente bueno, porque sabía perdonar...

Y risueño casi por la esperanza de un desenlace dichoso, el banquero se levantó, corrió en un impulso de bondad en busca de Gabriela, haciendo retemblar el silencioso caserón con sus pasos precipitados, que devolvía el eco con el apagado

sonido quejumbroso de un enfermo a quien se despierta...

VII

Era cierto; Gabriela se moría.

La austera habitación, altísima de techo, almohadillada toda ella con rojo terciopelo, tan oscuro, que a la escasa luz de un farolillo japonés, suspendido de un cuadrante del artesonado, parecía negro, tenía ya el desconsolador aspecto de una cámara mortuoria. Un sutil vaho de éter impregnaba la atmósfera con su característico perfume, y un silencio espantoso, por lo absoluto, hacía dudar de si allí habría algún ser vivo.

Lentamente, como si un débil soplo y no una mano lo moviese, se alzó el cortinón de una puerta invisible y la pálida figura del banquero se detuvo indecisa, sorprendida... Dilatada su mirada por el ansia, buscó en la semiobscuridad, y al fin pudo ver allá en el fondo, el monumental lecho, del que arrastraba majestuosa la rica colcha de rojo damasco. En torno de él, como petrificadas, tres figuras parecían contemplar, doloridas, algo inevitable...

Don Sebastián reconoció en ellas a la madre de su mujer —aún mas menudita en el vasto salón convertido en dormitorio, aterrada, atónita, por lo que acaso era para ella un desenlace imprevisto; al portero, el viejo borracho, que lloraba impasible, como una necesidad de sus ojos, limpios de pestañas e irritados; a Plácida, la criada, ya anciana, indiferente a todo.

El banquero dio unos pasos, que ninguno advirtió; pero volvió a detenerse al apereibir a Gabriela, blanca y rígida, cual bella estatua de mármol, tendida sobre la gran cama de matrimonio, donde él la había amado, donde tal vez...

Un ¡ah! de infinito dolor articuló su garganta, en bondadoso rechazo de la infamia, para él ya indudable. Venía a perdonar, a olvidar... Y se acercó al lecho, en el que Gabriela diríase muerta.

La madre, al verle, se estremeció, y entre rubores de su alma y sollozos amargos de su corazón bueno, intentó una queja, una discreta disculpa...

—¡Mi hija, mi pobre hija se muere!... Soy yo, yo, la que no ha querido que venga su padre... La desgracia es demasiado horrible para su corazón de hombre superior... ¡Mi hija!... ¡Mi hija!...

Don Sebastián la miró compasivo y dio un paso para echarse en sus brazos... mas, de pronto, asaltado por su deseo de estar solo con su mujer, de hablarla, de que ella le hablase, mandó salir a todos con un blando gesto de autoridad.

Dudó la madre... pero, al fin, salió.

Entonces el banquero, inclinándose sobre la bellísima cara de la esposa, llamóla, tierno, conteniendo los ímpetus de su voz.

—¡Gabriela!... ¡Gabriela!... Di, ¿me oyes?...

Con ansia suprema esperó unos instantes algún signo de vida en la hermosa mujer inanimada, como muerta.

—¡Gabriela!... ¡Gabriela! —repitió, espantado de haber llegado tarde...

Un movimiento apenas perceptible en los labios, más que pálidos, lívidos; el pausado plegamiento de los párpados dejando al descubierto los inmensos ojos negros, que se fijaron en el techo tenaces, dieron al banquero la intensa y suave alegría de una vida aún palpitante.

—¿Me oyes, Gabriela?... ¡Yo no quiero que mueras!... Mírame... Escucha...

Gabriela no le miró, continuando en su abstracción vaga, en la que se hubiera dicho, sin embargo, que ya no vivía... Los hermosos ojos negros —ojos de misterio, ojos de abismo— seguían muy abiertos, sin pestañear, fijos en el altísimo techo y obscureciéndose más y más, cual si por ellos huyera pesarosa la vida de la ideal mujer.

Al fin movió los labios queriendo hablar...

—¡Oh, dime que no sufres... que vivirás para mí!... porque yo... sí, Gabriela, ¡Yo te perdono!

La palabra augusta estaba dicha. Sin emoción ni gravedad. Solo en ella, con ser tan grande, puso el esposo la ternura y sencillez de un hombre... más que justo.

En la pausa que él hizo, aguardando, sin duda, una exclamación de júbilo, una frase de cariñosa gratitud, Gabriela, sin mirarle, absorta en lo que quizá sus ojos solamente veían, volvió a mover la cabeza y los labios, y levantando con esfuerzo una mano, le invitó a acercarse... Él se inclinó aún más y se estremeció, no supo si de

placer o dolor, al ver entreabrirse la preciosa boca para dar paso a una debilísima voz que sonaba indiferente y lejana...

—Oye... ven... acércate...

Y cuando le tuvo tan cerca que se tocaban sus caras, continuó:

—Llámalos... díles que vengan... *nada es verdad*... Las cartas... era yo quien las escribía...

Un grito salvaje del banquero, que se irguió como herido por un rayo ante la estupenda revelación, quebró la tenue voz de Gabriela. Luego, apresando convulso por la pena de su estupor las manos de ella, tan lindas, que semejaban sobre la roja colcha de seda dos cisnes en reposo, se abismó en aquellos ojos, siempre misteriosos para él, abiertos ahora hasta lo increíble, que no le miraban, que acaso ya no le veían, para preguntarle en un rugido de angustiosa sorpresa:

—¡Tú!. ¡tú!... ¿por qué?... ¡Di! ¿por qué lo hiciste, si yo te adoraba?...

La bellísima cara de Gabriela se ensombreció repentinamente al quedarse sin vida, y sus ojos quedaron aún más fijos en la misteriosa contemplación...

Pero la voz leve, de un cansancio infinito, y todavía más lejana, llegó hasta el banquero como una bofetada de ultratumba...

—¡Me aburría!

